La escuela

A los maestros argentinos

Refiérese que el conocido novelista Pedro Antonio de Alarcón, se propuso una vez efectuar la interesante experiencia de observar el efecto que la vista del mar hiciera en una persona que lo viese por primera vez, a cuyo efecto buscó y encontró en una pequeña aldea perdida entre montañas, un muchachón que se ocupaba en tejer sogas de cáñamo.

Inteligente y desparpajado el muchacho aquel, reunía condiciones de primer orden para la experiencia psicológica que Alarcón se proponía y con todas las precauciones del caso fue llevado á un puerto de mar.

En el sitio más alto y saliente de aquella playa, desde el que se dominaba una inmensurable extensión de mar y en una hora propicia de un día de imponderable diáfania atmosférica, el poeta colocó al muchacho y de pronto le arrancó la venda precaucionalmente puesta sobre los ojos, diciéndole al mismo tiempo:

—¿Qué ves?...

Anhelosamente observado, espíaado más bien en su expresión fisonómica, vió el poeta que el muchacho pasó la vista por el mar en toda dirección, como si buscara algo que le sirviera para traducir el estupor que debía embargarle y fijándola al fin en una barca atada á la playa con un grueso calabrote, exclamó señalando á éste con el dedo tembloroso por la emoción:
—¡Qué soga, don Pedro!... ¡Estas sí que son so-
gas!...

El mar dilatado y solemne y magnífico, ¡el mar!, que
arrancó á Hugo y á Michelet acentos apocalípticos y
provocó en Byron su pasión más intensa, y fué el inspi-
rador de los poemas, de los pensadores y de cuantos lo
contemplan con los ojos del alma — nada dijo al es-
píritu ingenuo del tejedor de cáñamo, supeditado en
todas sus facultades á la ocupación exclusiva y habitual
de tejer sogas.

Algo análogo me ocurre cada vez que me pongo fren-
te al cuadro maravilloso que mi país ofrece y ante el
portentoso crecimiento de nuestras industrias, campe-
ras y fabriles; de nuestra riqueza pública acumulada
en centenares de millones de pesos guardados en las
arcas fiscales; de nuestros puertos enmarañados de
embarcaciones; y del torrente de hombres que llegan á
nuestras playas para enriquecerse enriqueciéndonos, y
de las grandes ciudades en que todas las grandezas ma-
teriales esplenden frenéticamente en un deslumbrante
desfile de triunfos y de conquistas positivas, cada vez,
en una palabra, que me coloco frente al cuadro que la
República Argentina ofrece en la actualidad, mi es-
píritu busca una sola cosa: la Escuela, y... la busco en
vano.

Yo no podría, desgraciadamente, satisfacerme como
el ingenuo espíritu del muchacho de Alarcón, señalán-
do con el dedo trémulo de placer el sitio donde se en-
contrara la Escuela que yo concibo en mis delirios de
argentino; la Escuela que responda á una función esen-
tialmente educativa; la Escuela popular destinada á
formar ciudadanos antes que eruditos; ciudadanos an-
tes que mercachifles; ciudadanos amantes de la Patria
que, en nuestro caso, merece todos nuestros amores.

Al contemplar el cuadro de nuestra grandeza mate-
rial mi vista busca anhelosamente el punto en que se
encuentra esa Escuela y apenas le es dado divisar el re-
planteo de su edificio. Veo con grandes relieves arqui-
tectónicos la suntuosa mansión en que se efectúan al-
tos estudios universitarios y aun distingo las aulas re-
pletas de jóvenes que acaso ansían llegar al término de
la escuela

lo que se llama enseñanza secundaria; pero nada de eso es la Escuela que mi espíritu busca como atribulado ante su ausencia.

Los pueblos, las sociedades en sus conjuntos no se forman, ni se moldean, ni se caracterizan, ni se imponen más que por la obra colectiva armónica, intensa y cohesionada, que debe y puede recibir altas orientaciones de entidades privilegiadas, pero que sólo por la suma de los esfuerzos parciales marcha con ellas y por ellas triunfa.

Como en los ejércitos,—que no son ni fueron nunca tan buenos por la acción directriz como por la armonía del ideal determinado por la suma de los ideales parciales y uniformes.

Podremos llegar á tener y quizás tengamos ya exíminos ciudadanos de robusta mentalidad y de fecundos idealismos, pero, ¿tenemos la masa social capaz de sustentarlos y de conducirlos en sus brazos á la consecución real de un fin impersonal y altruista?

Podemos jactarnos de formar una sociedad caracterizada, una nacionalidad definida y de lineamientos precisos, ó somos todavía el conglomerado que formaron hace medio siglo las irrupciones inmigratorias que nos llegaron de Europa y que continúan viendo?... La contestación está en todos los labios; la melancólica comprobación de esta gran deficiencia de orden social en todos los espíritus y el anhelo por subsanarla brota de todos los corazones y vibra en todos los cerebros que piensan y desde hace cuarenta años mueve á todas las voluntades en un hondo devaneo que se exacerbá ante la constante y dolorosa ratificación del hecho que se quiere corregir.

Hemos salido de la huella ó hemos equivocado el camino, pero la realidad nos enseña que vamos marchando desacertadamente y que dejamos á la espalda el remedio de la enfermedad que nos mina. Tras rudo bregar, á veces exitivo en el orden de las conquistas materiales, hemos hecho un alto al cabo de un siglo de vida independiente y en el balance nacional realizado con el fausto esplendoroso de nuestro centenario hemos comprobado el abultamiento crecido de cifras y de datos
que bastan para afianzar nuestro orgullo de entidad nación- 
cional productiva y emprendedora y fuerte. Sólo un 
renglón del balance aparece envuelto en opacidades 
acaso pavorosas: el que se refiere á la obra sociológica 
 encomendada á la Escuela.

Hemos avanzado, sin duda, y así lo acusan nuestras 
estadísticas relacionadas con las industrias ganadera y 
agricola y con el intercambio de nuestro comercio y con 
el desarrollo de nuestras vías de comunicación interna; 
pero hemos avanzado á la manera de nuestros grandes 
ríos cuando las avenidas los desparraman por los cam-
pos en fuerza de no existir canales que los usufructúen 
en la acción irrigadora á que deberían aplicarse y así 
como más bien las grandes crecidas de nuestros ríos re-
sultan perjudiciales así también la avalancha de nues-
tros progresos materiales inundándolo todo han cubier-
to el campo de nuestros ideales y han ahogado todos los 
sentimientos destinados á darnos el carácter nacional 
que hemos perdido.

Comprendiéndolo así, nuestros directivos han queri-
do remediar el mal; pero ofuscados,—permítaseme la 
aseveración,—por los resultados de una acción de efica-
cia parcial creyeron y creen ingenuamente que la cura 
se acerca en razón directa de aquellos resultados.

Hemos puesto el majestuoso coronamiento de un edi-
ficio al que le falta el estilóbato y nos maravillamos an-
te la impecable perfección del capitel.—Hemos reali-
zado la creación de excelentes escuelas de medicina y de 
ingenieros y aun de Derecho no sólo á impulsos de un 
propósito humanitario sino tras el ideal sociológico de 
formar entidades directivas para la acción colectiva de 
la sociedad; pero nos hemos olvidado de formar ésta 
previamente...

Hemos organizado con bastante acierto, escuelas mi-
litares destinadas á formar excelentes jefes y oficiales 
de mar y tierra; pero no hemos creado aún la escuela 
cívica en que se forman los soldados con quienes aque-
llos jefes y oficiales actuarán y de poca eficacia será la 
acción de éstos el día en que un peligro nacional la so-
lícite si no la apoya el espíritu de fila y de cuerpo en sol-
La escuela

dados extraños, ó poco menos, á la fuerza cohexionante del ideal común, del amor á la patria.

Los ejércitos colectivos se desbandan ante el enemigo y las sociedades colectivas son lo mismo. El cuadro realísimo de la hora actual es que formamos una sociedad colectiva matizada á trechos con corazones patriotas que sólo sirven para dar realce á la apatía nacional circundante,—á la manera de esas amapolas silvestres que brotan entre la maleza y que se destacan de ésta precisamente por la saltante diferencia del color que las distingue.

Y la maleza moral ha invadido despiadadamente el campo de nuestra heroica y viril heredad paterna sin que una mano experta haya fijado límites á la invasión ó haya sabido esgrimir el arma necesaria para arrancarla de raíz dando lugar á floraciones que aromatizan el ambiente,—hoy asfixiante.

En los días del Centenario tuvimos la visión confortativa que nos ofreció el pueblo en centenares de miles de hombres uniformados, en el frenesí vigoroso, por el sentimiento del amor á la patria, y aquella enorme fuerza compacta é irreductible, capaz era en esos momentos de ultrapasar la más alta exigencia de un intenso patriotismo en acción; porque gravitaba en esa hora la presión de un estímulo múltiple: en la excepcionalidad de la apoteósí; en la concurrencia eficaz de corrientes extrañas, llegadas providencialmente á robustecer, por la emulación, aquel amor á la patria que tan vehemente se encontraba; en el automatismo de su propia influencia y finalmente “nuestro” patriotismo había sido despertado por el bofetón del anarquismo insolente y ante el agravio del oprobio la indignación colectiva asumió formas insitidas de un espléndido sentimiento colectivo.

Pasadas las causas que le dieron apariencias de preexistencia real la disgregación reasumió su abigarramiento normal y el gran grupo se diluyó de nuevo en el indiferentismo que lo caracteriza y que lo torna peligroso como fuerza negativa. La realidad de aquel verdadero espejismo nos vuelve al planteo del problema que nos desvela y de nuevo también buscamos la solu-
ción que mejor cuadre con nuestros intereses sociológicos.

¿Estará en la obra que las facultades universitarias realizan? Se le encontrará en las escuelas destinadas á formar entidades directivas? Insisto en lo contrario. La solución del problema social en nuestro país está en mi concepto exclusivamente en la acción educativa y niveladora de la escuela primaria y en su difusión hasta disminuir y suprimir el pasmoso porcentaje de nuestro analfabetismo.

Esta última faz de nuestro problema social puede ser transportada á un plano de segundo orden, pues todos sabemos que el analfabetismo existe en todos los países de la tierra y diversas son las causas que lo engendran formando entre las primeras la dilatada extensión territorial y la concurrencia de elementos analfabetos que la inmigración aporta,—en países como el nuestro especialmente.

La supresión absoluta del analfabetismo es, pues, y para rato, empresa de imposible realización entre nosotros; pero en cambio la obra educativa es no sólo practicable sino de ineludible aplicación inmediata y premiada. Podemos resignarnos á tener analfabetismo; pero no debemos conformarnos á ser una sociedad desprovista de los caracteres morales de conjunto que deben darle conexión, fuerza y respetabilidad.

El analfabetismo relativo es un defecto social, sin duda, pero que cabe en una sociedad caracterizada y culta sin amenguarla; y entre nosotros, especialmente, sería más excusable su presencia dado que somos un pueblo nuevo y reducido, ocupando una gran superficie territorial, cuya población aumenta por la incorporación de copiosos elementos étnicos provenientes de las sociedades más diversas entre sí.

Este abigarramiento étnico engendra el problema social argentino,—que es problema y que es "amenaza" también y ante todo porque nos falta el núcleo nacional capaz de anular las varias tendencias sociales que diariamente se nos incorporan y que ante la debilidad del crisol nacional conservan sus formas y sus idiosincrasias de origen.
Las fiestas del Centenario han venido á determinar un recrudescimiento en nuestro problema social, porque al poner en esplendorosa evidencia ante el mundo los prestigios de nuestras riquezas naturales han despertado apetitos que ya se traducen en un considerable aumento de la inmigración proveniente de las naciones de Europa. Este aumento crecerá sin duda, propendiendo por lógica consecuencia á debilitar nuestra capacidad de asimilación social complicando aun más el arduo problema que nos ha planteado y que viene acentuándose para nosotros en la proporción en que las corrientes emigratorias de Europa marcan los diversos grados de crecimiento iniciado en 1815 y que en 1840 provocó en los estadistas europeos la tendencia restrictiva con que se pretendió estancarlas sin éxito.

La emigración hacia nuestro país, en cuanto á los de Europa se refiere, no la determina un fenómeno de orden social, político ó religioso, sino en parte mínima, pues más bien surge de necesidades de orden económico que el trabajo abundoso de nuestro país subsana, y de ahí que el inmigrante,—italiano, español, francés ó alemán, etcétera,—viene á nuestro país en busca de dinero y no de hogar; viene buscando hacer fortuna, pero no viene buscando su incorporación á una sociedad que pocas ventajas puede ofrecerle sobre la propia; viene á buscar plata; pero no viene á hacer patria;—viene, en definitiva, como esas aves que en busca de climas propicios emigran en la época de procrear, empollan y vuelan de nuevo seguidas de sus crías.

Con muy raras excepciones, el extranjero se conserva extranjero—y su familia—mientras vive entre nosotros, sin participar de nuestra vida nacional, sino en cuanto á la faz económica, que lo atrajo, lo estimula, lo satisface y lo devuelve luego al país de origen, realizado en todo ó en parte el ideal exclusivo que lo trajo: hacer fortuna.

Si acaso no lo consigue, permanece por fuerza entre nosotros, pero no como un elemento de concurso social, sino lo contrario. En cualquiera de los casos, y no hay otros, sino por excepción, como digo, ¿qué beneficio habremos recogido? En el primer caso, habremos propen-
dido á la fortuna personal de una familia extranjera; en el segundo, habremos incorporado al grupo siempre numeroso de los discontentos, un factor fecundo de exacerbación agresiva, y como el número de los inmigrantes crece en gruesas cantidades y como no lo forman elementos igualmente capaces de usufructuar las ventajas que el país ofrece, claro está que el residuo es considerable y la agravación de sus resultados sigue una marcha ascendente.

¿El peligro social que tales causas engendran desaparecerá—insisto—porque nuestras escuelas universitarias ó secundarias aumenten el número de nuestros hombres directivos ó de preparación científica superior?

Pudiera creerse que tal piensan nuestros pedagogos ó sociólogos dirigentes, pero lo piensen ó no, la contestación irreductiblemente negativa se impone. Podrán las universidades formar el cerebro, diré, en una sociedad como la nuestra, pero el alma, el sentimiento de solidaridad nacional, lo forma indiscutiblemente la Escuela primaria y lo forma con el concurso del hogar, mediante una educación moral y patriótica, ó sin el concurso del hogar—cuando éste falta, y tal es desgraciadamente nuestro caso actual—intensificando el carácter y la tendencia de esa educación.

Claro está que me refiero al caso de una sociedad embrioniforme como la nuestra, pues donde la solidaridad social existe con influencias secular, la educación primaria puede ser más bien intelectual que moral. El espíritu nacional en la Alemania, por ejemplo, no se forma hoy en la escuela, sino en el hogar; pero el Japón moderno, en cambio, radicó su tendencia evolutiva en la acción de la escuela primaria, “cuyo fin—según se consignaba y consigna en los planes de estudios—es dar una educación fundamentalmente moral y patriótica”.—Antes, pues, de formar embriones de enciclopedia, han plasmado ciudadanos amantes del propio país y amigos de la sociedad en que viven, al amparo del concurso recíproco de todos los conciudadanos.

Nosotros hemos procedido, desgraciadamente á la inversa y en vez de dar cohesión argentinista á nuestra
infancia, la hemos dotado intelectualmente y la estámos preparando todavía, para actuar en el campo de la demagogía populachera, á la que se incorpora en la enorme proporción de su origen exótico.

Dentro de este elemento de abrumadora y creciente influencia, se diluye casi el concurso netamente argentino de nuestra infancia, de abolengo criollo, que sobre el tenue concurso moral de la escuela afianza el que la propia familia le da—cuando se lo da—porque también es de fácil comprobación el hecho de que la indiferencia circundante relaja el sentimiento de Patria aun en quienes lo cultivan con mejor afán. La Escuela primaria tiene, pues, por delante una función educativa grave y seria y que no puede retardarse y que no ha sido realizada nunca. No lo fué cuando nuestra sociedad era argentina en su casi totalidad, porque no se sentía la necesidad de educarla en el amor á la Patria; no lo fué en la época en que empezó el amalgama, porque nadie lo advirtió ó porque se temió propender á disminuir la corriente inmigratoria que se dirigía á nuestro país en busca del vellocino... y no lo fué cuando el extranjerismo creció, por temor, también, á enconar el sentimiento del patriotismo de origen, en quienes venían á nuestro país trayendo escuelas y templos donde en lenguas extranjeras se enseñaba y se practicaban cultos extranjeros.

Al borde del sepulcro del maestro Peña, decía Sarmiento, siendo Presidente de la República, que sus adversarios en política podían negarle el derecho á toda figuración y á regir desde luego los destinos nacionales, pero lo que nadie podía discutirle, suiquiera, era el derecho de levantar su voz al borde de la tumba del "maestro" Peña.

Y bien; el mundo entero podrá negarnos el derecho á todo menos á educar nuestra infancia en el más acendrado amor á la Patria, y es tiempo ya de que nos comparamos de esta verdad indiscutible.

Formemos, pues, con cada niño en edad escolar un idólatra frenético por la República Argentina, enseñándole—porque es cierto—que ningún país de la tierra tiene en su historia timbres más altos, ni afanes más al-
trústicas, ni instituciones más liberales, ni cultos más sanos, ni actuación más generosa, ni porvenir más esplendoroso.

Lleguemos en este camino á todos los excesos, sin temores ni pusilanimidades; establezcamos que el amor á la Patria es el mejor título que un joven argentino puede presentar y sobre todo propendamos, todos por igual, en el empeño de que la obra argentinista de la escuela primaria entre nosotros, acentúe el carácter que le ha dado el actual Presidente del Consejo Nacional de Educación, cuyas ideas de argentinismo están acaso tan solas—aun dentro de su propia órbita—que bien merecen el concurso de todos los que entendemos que nuestro problema social dejará de ser el peligro que encierra el día en que se haya culminado realmente la actual evolución argentinista de la Escuela primaria.

**ENRIQUE DE VEDIA.**

Buenos Aires, Octubre de 1910.